



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9523

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 31 DE JULIO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

HERNIAS

(VULGO QUEBRADURAS.)

Curacion pronta y radical de las mismas ya sean inguinales, umbilicales ó crurales por crónicas que sean y en todas las edades y sexos con el procedimiento del Dr. Sabdival.

Ningún enfermo sugeto á nuestro tratamiento ha dejado de curarse, necesitando solo de 3 á 4 meses los niños hasta la edad de 14 años y de poco tiempo más las personas mayores.

El Dr. Sabdival llegará á esta ciudad el día 6 del próximo Agosto, alojándose en el Hotel Francés, donde podrá consultarle de 10 de la mañana á 4 de la tarde.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE ODOZAGA, n.º 1 (Pasos de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 2.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.801.675,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sras, Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que en cualquier otra Compañía.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barreras.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, alustres, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE COMESA.—PUERTA DE MURCIA.

LA SEMANA ANTERIOR.

¿De qué hablar en esta reseña? De la feria. No hay otro asunto que ocuparse, que pueda ser digno de mención. Porque si hablara de consumos, diría el lector con razón sobrada

¡hombre deje V. eso para la empresa! Y tendrá fundado motivo, puesto que ella es la que puede ir ganando en el asunto, de pérdidas no hablemos porque *non dan*.

Si trato del cólera; es decir si empiezo á hacer historia de lo que pasa en el pueblecillo gallego, dirá quien me lea... no sea usted ave de mal agüero y no se ocupe de eso, siquiera porque eso huele mal.

De modo que para hacer la reseña semanal, hay que hablar de la feria.

¿Y dónde puede uno meterse, que esté mejor que en aquel sitio?

Precisamente ahora no se está bien en ningún lado, porque es rara la persona que no está mal... de dinero.

Ayer, sin ir más lejos, presencié un hecho que me dejó helado (¡ajá!)

Un amigo mío llegó al Casino; no había sillas á la puerta, pidió una á cierto socio, simpático él y tal; se indignó éste porque supuso que le había confundido con un sirviente, pero cuando vió que la mano del primero oprimía un perro grande le dió la silla y le tomó el perro.

¡Oh poder de los diez céntimos! digimos todos, pero el amigo que hubo recibido la propina, exclamó sin inmutarse: «¡Oh poder de los malos tiempos! Esta noche me sale la feria por una *fríolera*!»

Y ya ven ustedes como sin querer me vuelvo á colar en el paseo de la feria.

De todo lo que allí hay—y hay buenas cosas—solamente una me ha llamado la atención.

¿A que no la adivinan ustedes? Pues el aderezo valorado en veintemil pesetas.

¿Que si llaman la atención los brillantes de que se componen? No señor; lo que me gusta de él, extraordinariamente, y hasta me *conmueve inclusive* es el precio.

¡4.000 duros en esta época le ponen carne de gallina á todo aquel que ni los tiene, ni está en camino de tenerlos!!

¿Venderá el aderezo el joyero malagueño?

Esta pregunta me la estoy haciendo á todas horas, pero no me atrevo á responderla.

Porque si lo vende, es que alguien tiene dinero, y eso, hoy por hoy, me parece más raro que el que un señorito le saque una silla á otro, cuando no hay ninguna en la puerta del Casino, ó que agraden á cierta parte del público los fuegos artificiales de esta noche

R.

COLABORACION INEDITA.

LA GRAN CONQUISTA

Dibujos de Cilla.—Fotografiados de Laporta.

Estábamos de sobremesa, envueltos en la neblina azulada del tabaco, saboreando el café y el *cognac*. Se habló de mujeres y de amor, es decir, de lo que los hombres llaman amor cuando ellas no les pueden oír. Todos expusieron su opinión: unos presumiendo de oradores, otros en una sola frase alardeando de ingeniosos, algunos en forma de cuento verde, muchos barbarizaron soezmente. Se oyeron ideas originales, pensamientos delicados, y sobre todo vulgaridades de á folio.

—Para mí no hay nada como la mujer del pueblo—dijo un señorón rico—es la única que conserva sinceridad.

—Prefiero las de teatro: satisfacen el amor propio, y el otro.

—La mejor es la casada de la clase media: eso de que el marido esté en la oficina de once á cinco, es invención de los dioses.

—Todo menos las vengadoras, que son los coches de punto del amor.



—Pues yo—declaró una voz—prefiero las casadas de alto estete: se comprometen, temen al escándalo y acaban uno cuando quiere: amor secreto sin más gastos que los de representación y ruptura fácil.

—¡Eso es lo peor de todo!—exclamó Juan, que hasta entonces había guardado silencio. Claro está que de las verdaderas señoras, de las honradas, que abundan, no hay que hablar: pero esa otra que decía, la rica despreocupada, desmoralizada, caprichosa y perversa... esa es la gran calamidad. Creemos conquistarlas, rendirlas, y son ellas las que nos gozan, lucen y cambian, ni más ni menos que hacen con las alhajas.

—Vamos, á tí te la ha pegado en gordo alguna de ellas.

—¿Quién es ella? Somos discretos.

—No digas más que el apellido del marido.

—No diré nada de eso, pero os contaré lo que ella hizo conmigo.

—Olgamos, para escarmentar en tés-táz ajeno.

Arrollémos cada cual en su butaca: dimos palabra de no interrumpir al narrador, y, mientras nos deleitábamos fumando y bebiendo, Juan contó su aventura de este modo:

—Estaba yo empezando el último año de carrera: *casado* era un *mayor* joven ya hombre. Una tarde tomé el tranvía en la Puerta del Sol para el barrio de Argüelles, y al sentarme miré si había en el coche alguna mujer guapa. A mi derecha iba una de treinta ó pocos más años, rubia, esbelta, graciosa, de porte aristocrático, elegantísima, y vestida con la más estudiada sencillez que podéis imaginar: de negro, sin lazos vistosos, sin perifollos llamativos, sin pulseras, ni pendientes, con un sombrero cuyo único adorno consistía en una rosa de terciopelo rojo muy obscuro. Para observarla bien, me levanté de su lado y fui á sentarme frente á ella. A pesar de su rebuscada modestia, en seguida comprendí que era señora, y *mayor* señora, por lo menos en cuanto á fortuna y posición social. El paño de la sombrilla formado por una loza de Sajonia, los zapatitos, los guantes, la flor y el velo del sombrero, la peinucilla de concha clara como el ámbar que le sujetaba el mechete por poco más arriba de la nuca; todo era finísimo y muy caro. Llevaba un libro de misa sujeto por una goma roja, y con el pulgar ocultaba cuidadosamente una cifra que parecía de oro. La miré sin descaro, pero con insistencia; hasta convencerme de que era guapa, mejor dicho, bonitísima, formada su belleza por encantos delicados y finos: una *duquesita* Luis XV, que con los ojos bajos tenía expresión de candidez monjil, y mirando á bartadillas, parecía una ma-



nola goyesca. Luego seguí mirándola, no ya como explorador sino como conquistador. Mi edad, mi aspecto, y un libro que llevaba en la mano, debieron de hacerla comprender que era estudiante. Al notar que la miraba bajó la vista, permaneciendo largo rato con los párpados caídos, de modo que juntándose las pestañas le sombreaban dulcemente la cara. Esta actitud, que también parecía inspirada en la más rígida modestia, quedó desvirtuada por un ruego de refinada coquetería que consistió en paasear dos ó tres veces la lengüecilla por los labios, mordéndoselos luego ligeramente para mantenerlos húmedos y rojos. Cuando vi que se había dado cuenta de mi tenacidad en examinarla, me hice el distraído, y ella, dejando el devocionario sobre la falda, se arregló el velillo de manera que la parte más tupida del dibujo del tul le cayese sobre los ojos; recurso habilísimo, porque sin fijarse en ella con grosero descaro, no era posible saber hacia donde miraba. Comprendí que inspeccionaba mi figura y pelaje. Por fortuna iba elegante: pudo hacerse cargo de que su admirador era un *muchacho* fino. Yo había pagado sólo hasta la Plaza de Oriente: allí, al ver que la desconocida no se apeaba, llamé al cobrador, y pidiéndole nuevo billete le dije, de modo que ella pudiese oírlo: «Hasta lo último». Se puso muy seria, aunque sin revelar enojo.

Se bajó en el último de la calle de Ferraz, y yo detrás: la fui siguiendo á respetuosa distancia, y la vi meterse en un portal de casa aristocrática con jardinillo: el portero, á quien no dirigí la palabra, saludó al paso quitándose la gorra hasta los pies; señal de que vivía allí ó *habitaba* intimamente á quien allí habitase. Al perderse en la semiobscuridad del portalón; volvió rápidamente la cabeza hacia la calle. Seguí adelante, y al cabo de unos cuantos minutos retrocedí pasando de nuevo ante la casa, todas las persianas estaban echadas ó inmóviles. Entonces pensé que no debía pasear por la calle. Si aquella era su casa, por no comprometerla, y sino era, porque nada adelantaría. Esto fue un sábado.

Si esta mujer—imaginé—quiere dejarse, ver, comprenderá que yo no puedo hacer nada sin pecar de imprudente, y ella ha de buscar la ocasión. Puede que tenga costumbre de ir misa en alguna iglesia del centro, pero yo debo presumir que la oírá donde más cerea la digan, es decir, aquí al lado, en el Buen Suceso; de modo que, aunque de ordinario vaya á las Calatravas, por ejemplo, si yo no le he sido simpático, si se muestra propicia, discurrirá lo mismo. Al día siguiente ó cinco misas en el Buen Suceso: hablando con más propiedad, estuve fumando en la puerta mientras las rezaron. Ya me iba á marchar, cansado y aburrido, cuando la vi llegar por la calle de la Princesa: entró en el templo, la seguí, y me puse á observarla tras uno de los pilares que sostienen la nave: Al principio no levantó los ojos del libro; luego miró con disimulo hacia los lados; por último, creyendo que yo no la veía, se volvió impaciente varias veces como sorprendida y defraudada en su esperanza de que no me pudiese cerca. Salí de tras el pilar me acerqué despacio: nuestras miradas se cruzaron, y se dejó caer de pechos sobre el reclinatorio tapándose la cara con el libro, cual si quedase abstraída por la devoción.

Terminada la misa volvió el reclinatorio de modo que yo pudiese ver la cifra que tenía bordada en el asiento: aquello equivalía á decir «aquí vengo siempre». Después salió, y yo tras ella con ánimo de *encerrarla*; pero me llevé chasco, porque en la puerta había esperándola una berlina: montó y el caballo salió bufando. Era inútil intentar seguirla en un sí-món.

Por fortuna, el miércoles siguiente era fiesta de precepto.

Para no repetir muchas veces la misma cosa, una mañana, sin duda enternecida por el espectáculo de mi piedad incansable, me miró varias veces, y al salir no hubo berlina. Atravesé la calle de la Princesa y se metió por aquellas callejuelas, casi siempre desiertas, que circundan al cuartel del Conde duque. No pasaba un alma. Hice coraje, y apretando el paso me planté al lado de mi descaída, la cual se detuvo fingiendo turbación, y digo fingiendo, porque la impasible serenidad de sus ojos desmintió el temblorcillo que imprimió á su voz.

«Gracias á Dios que me permite usted hablarla»—dijo—Y repuso muy bajito: «¡Esto es una temeridad! ¿Qué pensará usted de mí?»—«Señora, aquí no nos ve nadie, y yo... no puedo más. Desde la mañana que la vi á usted, hasta hoy no he dado el menor paso para saber quien es usted por no comprometerla; aún no lo sé... pero sáqueme usted de dudas... ¿Verdad que no le soy á usted simpático?»—«Es usted un muchacho... si puede que le doble á usted la edad ¿Es usted estudiante madrileño?»—«Sí, señora, estudiante, pero ya no me aprovecha el estudio: me tiene usted tonto.»—«Y usted cree—dijo tristemente—que una mujer casada pueda...»—«Señora, yo creo que usted es una santa por lo buena, y una divinidad por lo hermosa...»